

VERENE, Donald Phillip: **Philosophy and the Return to Self-Knowledge**, Yale University Press, 1997.\*

---

Por M. Angélica León Roux\*

*Descubrí la filosofía, y lentamente aprendí su forma humana, la cual puede unir lengua y corazón, y aun así comprometer a la razón.*

(p.xiii)

No estamos acostumbrados en filosofía a prestar atención a la relación que el estilo guarda con la concepción que se tiene de la filosofía, y de las aspiraciones que ésta deba tener. El libro de Verene, sin embargo, impone sutilmente este ejercicio al lector, pues el estilo con que está entrelazado, antes que ser un aditivo innecesario o irrelevante, secunda adecuadamente aquello que este autor procura llevar a cabo: un diagnóstico y una práctica. De hecho, el lector habituado a la escritura filosófica tradicional no podrá dejar de sentirse, con impaciencia, incomodidad o alivio, ante una práctica filosófica diferente. Pues probar, demostrar, seguir cursos argumentativos lineales y explícitos, o incluso buscar convencer directamente, no parecen ser los procedimientos frecuentes en esta obra. Tampoco constituyen la finalidad de Verene. Sin embargo, éste reconoce que ningún filósofo puede permitirse ser misologista. ¿Cómo, entonces, procura darle forma a su ejercicio? Pues haciéndose heredero del significado que para los latinos tuvo la palabra "argumento": un tema dispuesto para el pensar. Al respecto expresa que el ideal deductivo de argumentación no es el único camino por el que la mente puede seguir un tema<sup>1</sup>. En este sentido, Verene procura mostrar y describir los temas que trata, más que analizarlos y explicarlos. Es la manera en que intenta despertar en el lector una memoria que le lleve a relacionarse con

---

\* No se conoce ninguna traducción al español. Las citas que se hacen del texto son traducción nuestra. El título en castellano sería: La filosofía y el retorno al autoconocimiento.

\* Estudiante de la Escuela de Filosofía de la Universidad Católica Andrés Bello.

<sup>1</sup> p. xvi.

la obra no sólo a un nivel cognitivo. Con ello nos hace partícipes de una práctica filosófica en la que la filosofía no es entendida como un mero ejercicio intelectual de crítica y defensa de ideas, ni como la sola expresión en palabras del espíritu del tiempo, sino, ante todo, como una guía para la vida.

Por este camino los resultados no serán siempre claros o fácilmente aprehensibles. De hecho, algunas veces parecerán oscuros o insatisfactorios. Pero es que Verene quiere evitar a toda costa contribuir a un mal cultural que nos aqueja, a saber, la tendencia a controlarlo todo intelectualmente, el cual es la manifestación de un modo de vida inaugurado en Descartes y afianzado en la sociedad tecnológica.

La preocupación fundamental que recorre toda la obra es recuperar a la filosofía del estado decadente y desvirtuado que muestra en sus manifestaciones actuales. La filosofía ha perdido el rumbo pues ha dejado de ser amor a la sabiduría. Éste es el diagnóstico de Verene. Considera que la filosofía puede ganar una oportunidad para hacerle frente a la sociedad tecnológica aprendiendo a filosofar de manera cónsona con el legado de la tradición Socrático-Platónica de búsqueda de autoconocimiento, y con la inquietud humanista por la conexión entre sabiduría, elocuencia, y prudencia.

Desde el principio de su obra Verene nos advierte que no intentará llevar a cabo la defensa o crítica de las ideas que trata, tal y como usualmente lo hacen los filósofos profesionales. Tal proceder no sería cónsono con el ideal filosófico de Verene. Éste apunta más bien hacia el "pensare insieme, pensar junto a otros lo concerniente a la verdad de las ideas"<sup>2</sup>. Verene destaca al respecto que la verdad no queda garantizada, simplemente porque el pensamiento sea puesto bajo una forma u otra. Lo importante aquí es que el pensar filosófico procure usar las palabras intentando expresar la verdad de un tema. Para ello, muchas veces el filosofar recurrirá al pensamiento metafórico, pues habrá veces en que ciertos aspectos del tema que se investiga no podrán ser captados discursivamente.

Aunque una preocupación por la filosofía es el entramado de fondo de la obra, Verene en ningún momento se extiende adecuadamente para hablar de la verdad. Sin embargo, es posible hacerse una

---

<sup>2</sup> *Ibidem.*

idea de la comprensión que de ésta tiene. La verdad estaría vinculada con la aspiración al todo en vez de a la parte; con el impulso especulativo más que con el objetivante; con un uso del lenguaje en el que éste no es sólo un “escenario vacío que aguarda un arreglo lógico”<sup>3</sup>; con la memoria, la elocuencia, y el autoconocimiento como únicos caminos a la sabiduría.

En opinión de este autor, el lenguaje de la narrativa, de la retórica, y de la poesía, provee a la filosofía un contexto, y un medio para abrir las vías que el argumento puede seguir. Y es que Verene se hace eco de las palabras de Collingwood: “El filósofo tiene que ir a la escuela con los poetas para aprender el uso del lenguaje, y tiene que usarlo a la manera de éstos: como un medio para explorar la propia mente y traer a la luz lo que es oscuro y dudoso en él”<sup>4</sup>.

Si bien para Verene la filosofía no es poesía, debe, no obstante, mantener una dialéctica con ésta, con el mito y con el pensamiento metafórico. El filósofo, al igual que el poeta, tiene que hacer que el lenguaje hable, y no puede hacerlo siendo partícipe de un modo de filosofar, que entienda al lenguaje como un mero instrumento del pensamiento racional, o que lo use como si las palabras tuviesen sentidos literales. Por el contrario, Verene considera que para pensar, primero hay que recordar, pues el lenguaje no es sino “un teatro de la memoria, en el cual ha estado, y continuará residendo, todo el mundo humano”<sup>5</sup>.

El filósofo, según el pensamiento de Verene, actúa contra el olvido, busca que pensemos más allá del submundo del aquí y ahora. Asimismo, la filosofía aspira a la elocuencia para gobernar los pensamientos, y para ello debe surgir de la memoria. Pues la elocuencia, es decir, “el poner de manifiesto en palabras el todo de una materia o tema”<sup>6</sup> requiere del *ars topica*, “la capacidad para ir a los lugares originales en la mente donde el tema mismo comienza”<sup>7</sup>. De este modo la elocuencia se conecta con la memoria a través del *ars topica*.

La labor del filósofo comparte así un parentesco con la del poeta, pues tanto la filosofía como la poesía se originan en la memoria.

---

<sup>3</sup> p. 37.

<sup>4</sup> Verene citando a Collingwood, p. 216.

<sup>5</sup> p. 37.

<sup>6</sup> “[T]o bring forth the whole of the subject in words”, p. 35.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

Ambas actividades buscan hablar de lo que es, conjugando en una voz armoniosa, como las Mousai, aquello que fue, es, y será. Esta voz debe ser el resultado de la concordia interna de la memoria, la cual consiste en el recordar, el imaginar, y el percibir nuevas conexiones (ingeniar). La poesía introducirá imágenes, eikasia, mientras la filosofía originará noesis.

En este sentido son comprensibles las siguientes palabras del autor:

*"La relación que la filosofía tiene con la poesía es la cuestión por la que la filosofía puede guiarse en cualquier edad. Cómo entienda la filosofía su relación con la poesía, bien que esto sea afirmado explícitamente, o implícitamente mantenido, determina cómo la filosofía se encuentra respecto a todo lo demás"<sup>8</sup>.*

Así pues, cómo sea el vínculo que la filosofía mantenga con la poesía, será elocuente acerca del descuido o la atención que la filosofía presta a la memoria, de cómo usa y entiende el lenguaje, y de las ideas que mantiene con relación a lo que debe aspirar en su ejercicio. En otras palabras, dicho vínculo nos estará hablando acerca de la manera como la filosofía se posiciona respecto a la realidad para aproximarse a ella, o perderla de vista.

Luciendo una erudición digna de admiración, Verene nos brinda las tradiciones de algunos de los griegos tardíos, de los romanos, del humanismo renacentista, y en especial, el pensamiento de Vico, para hacer un recorrido por lo que considera es nuestra situación actual, por aquello que perdimos en la historia, y por aquello que podemos aprender o recuperar. Dicho recorrido está articulado por cuatro preguntas fundamentales que nuestro autor busca investigar y que le dan a la obra su estructura. Cada una de ellas está a su vez asociada a un impulso determinado. Son las siguientes: "¿Cuál es la condición primaria de nuestra vida hoy día?" Asociada al impulso objetivante; "¿cómo podemos ganar perspectiva de esta condición?" Vinculada al impulso especulativo; "¿cuál es la base permanente de esta condición en la conciencia humana?" Asociada al impulso técnico; y por último, vinculada al impulso mimético, "¿cómo podemos confrontar filosóficamente esta base permanente?"<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> p. xiii.

<sup>9</sup> pp. x-xi.

La condición primaria de la vida moderna es la reflexión, tal y como nos es legada por Descartes. En efecto, Verene considera que Descartes es el primer pensador de la reflexión, como asimismo el responsable de la analogía que da base a la concepción moderna de ésta: compara la reflexión de la luz en la percepción con la reflexión en el intelecto.

Nuestro autor inicia su presentación de la modernidad haciendo una interesante analogía entre el mito de Prometeo, y lo que él llama el mito de Descartes. De este modo lleva a cabo el tratamiento del filósofo de la estufa, pues le interesa ante todo como símbolo cultural, casi arquetipal de la modernidad, cuya sombra se encuentra en el origen de la conciencia moderna.

Al igual que la figura del Titán configura el inicio de la civilización antigua y representa la promesa de la provisión a través del regalo del fuego y de la habilidad para las artes, Descartes da pie a la formación de la civilización que hoy día conocemos con su legado del método y la recta conducción de la razón. Asimismo, desde que el Discurso derrota la posibilidad del genio maligno, la filosofía cartesiana "puede llevar a cabo la divina labor de proveernos con la promesa de excluir de nuestra experiencia todo error y todo mal" <sup>10</sup>.

Descartes es el símbolo de la verdad moderna. Aunque se hace pasar por humanista, divorcia la verdad de todas las formas de historia, fábula, poesía y retórica. En este sentido elimina el ars topica por el ars critica. De allí en adelante "el ideal de la modernidad es la vida estampada con certeza (...) La certeza que puede ser unida a la existencia del yo en el pensamiento puede ahora ser ligada a todo de hecho" <sup>11</sup>.

Verene considera que el verdadero producto del método fue el yo, un nuevo hombre <sup>12</sup>. Por otra parte, la imagen cartesiana del pensador aislado y solitario presenta el sentido humano del aprendizaje como irrelevante para el progreso de la ciencia, y establece la necesidad de que la razón filosófica sea practicada como un acto puro de la razón.

---

<sup>10</sup> p. 26.

<sup>11</sup> pp. 17-18.

<sup>12</sup> "Self" en el texto. En todas las citas que se harán a continuación, la palabra "self" ha sido vertida por "yo", aun cuando también porta el sentido de "sí mismo".

nan “bestias del intelecto formado como instrumento del deseo”<sup>15</sup>, y usan la mente para mentir, embaucar, simular, y esconder.

La barbarie de la reflexión es una forma de vida que involucra tanto una concepción del ser humano como de su acción; no es sólo una forma de pensamiento moderno. Es ante todo un período de decadencia en el que se corrompen todas las facultades del alma — como la memoria, la fantasía, y el ingenio— y con ellas, la sociedad. Se trata de una época que pone de manifiesto la conexión entre las facultades mentales y las morales pues, como expresa Verene, “el hombre como animal racional, y el hombre como animal social son corrompidos juntos”<sup>16</sup>. El mejor panorama del estado de la barbarie nos lo ofrece el siguiente fragmento:

*“La vida moderna es injusticia. La modernidad es un estado en el cual el alma ha perdido la proporción interna de sus facultades. El intelecto y el ingenio caminan por el mundo sin las conexiones naturales con las imágenes formadas por la imaginación, con las pasiones que surgen en el cuerpo, y con el giro de los eventos causado por los dioses. Los sentidos y el espíritu son sólo complacidos pero no son involucrados en la vida como fuentes que le guíen. El intelecto se ha vuelto perverso, viviendo de su propia realidad de hechos y pensamientos, viéndose sólo a sí mismo en el mundo. En la sociedad esto se convierte en una búsqueda de certeza y lujo, de estrategias del ego, carreras, y medios de control y logro. El bárbaro que llevamos dentro es soltado a través de los circuitos de la reflexión crítica que permea todas las formas de pensamiento y evalúa todas las formas de conducta. Es un negocio sin goce. Es un corazón vacío”<sup>17</sup>.*

Esta cultura desmedida no sólo pierde su inquietud por el autoconocimiento —por ser éste incómodo y parecer innecesario—, sino además, su capacidad para el mismo desde el momento en que no puede practicar ya la *sophrosyne*. Ésta hace posible ejercitar la máxima aneja a la del autoconocimiento: “nada en demasía”. La *sophrosyne* tiene que ver con la aceptación de los límites de la excelencia y con el control del impulso desenfrenado a la libertad. Es contraria a la arrogancia y a cualquier exceso.

---

<sup>15</sup> p. 42 .

<sup>16</sup>p. 48 .

<sup>17</sup> pp. 48-49. He traducido la palabra inglesa “shallow” como “vacío” por considerar que el texto goza así de mayor fuerza retórica si bien las versiones literales serían principalmente “frívolo”, “superficial” .

El impulso a objetivar va de la mano con el impulso técnico. Éste busca controlar el objeto y todo lo que está en el mundo. Se origina en el deseo (Begierde hegeliano), entendido como la lucha primordial del yo para ser algo, para probar su propia valía y realidad a través de la dominación de todo lo que es otro. El deseo así entendido constituye la respuesta a la tercera pregunta de Verene, es decir, es lo que en la condición humana da base a la situación actual.

El mundo tecnológico es el resultado de llevar el método a forma de vida. Se trata de una realidad autoexpansiva y cerrada en la que no hay verdadera elección de medios sino decisiones siempre enmarcadas dentro de las alternativas que pone el sistema tecnológico. Todas las necesidades, deseos y acciones son tan solo medios. Es además una sociedad de medios sin fines, sin metas, sin mensaje. Sólo abunda la actividad, siempre mediatizada por el imperativo técnico, y por dondequiera que el sujeto se busque, sólo se hallará a sí mismo como homo faber: actuando sobre la cosa o sobre sí mismo como objetos. Es un mundo sin salida pues cada situación problemática es una nueva oportunidad para una solución tecnológica. En esta sociedad, para nuestra desventaja, venimos a ocupar la posición del amo en la dialéctica de Hegel.

El deseo está aquí gobernado por el imperativo del "siempre más", en vez de estar templado por la voluntad y la inteligencia. Más importante aún, se halla desconectado del eros, de esa fuente que le permitiría al hombre relacionarse con el mundo no como un mero escenario de poder y de objetos vacíos de significado, y que lo movería al bien y a la piedad.

Frente a la sociedad tecnológica y tecnologizante, y a la barbarie de la reflexión, Verene ofrece una solución que no parte del pensamiento sino que es, ante todo, un fenómeno humano. Se trata del arte de la necedad o la locura<sup>18</sup>. Éste consiste en la inversión de lo ordinario, en la capacidad para ver a través del orden de cosas vigente un orden igualmente plausible y que sería su opuesto, en poder invertir lo aparentemente real. Sin embargo, lo vislumbrado no tiene que ser siempre lo estrictamente opuesto; puede ser tan solo un sentido diferente al que ya se maneja.

La actividad del necio es la raíz del impulso especulativo. Es dialéctica en acción, mientras que la especulación lo es en el pensa-

---

<sup>18</sup> "Folly" en el texto.

Aunque Descartes es el primer filósofo de la reflexión, es Locke la fuente del término como clave del pensamiento filosófico moderno, y es Kant quien finalmente identifica a la filosofía con la reflexión al hacer entre ésta y la naturaleza del Entendimiento una firme conexión.

Tanto como a la filosofía cartesiana, le reprocha Verene a la crítica kantiana el ser incapaz de generar virtud. Piensa que el haber puesto la ley como lo primero en la moral, antes que el bien y la virtud, es haberlo entendido todo mal. La razón, considera nuestro autor, estriba en haber despachado la retórica. Pues para comprender intelectualmente lo moral es necesario entrenarse en el ars topica de modo que el individuo pueda formar imágenes de sí mismo y recuerde a través de los lugares comunes (topoi) las verdades de conducta logradas en la cultura.

Por otra parte, Verene lamenta que Kant, por su compromiso con las categorías del Entendimiento, no se percatara de aquello que Vico vio: que el origen del conocimiento y de la formación estética y orgánica de la experiencia está en el mito. El mito, por su parte, surge de la fantasía o imaginación. Para Vico la fantasía no es luz refleja, sino iluminación en la que conocedor y conocido no son diferenciados como sujeto y objeto. Es decir, el mundo no es simplemente entendido o reflejado por la mente sino hecho mediante la fantasía, y sentido como un tú. Rescatando el sentido de Vico, dice Verene: "La mente está en el mundo, no simplemente en el sujeto cognoscente"<sup>14</sup>.

La filosofía moderna, piensa Verene, conecta completamente la mente al objeto habiéndola separado de la sabiduría humana y de lo divino. La mente se vuelve sólo Entendimiento, y el pensar se hace sinónimo de ser objetivo. El yo no puede ser alcanzado sino como objeto, y éste, presentado por la reflexión, es una actualidad vacía carente de vida interna o significado.

El impulso objetivante conduce a lo que Verene, siguiendo a Vico, denomina la "barbarie de la reflexión". Al igual que éste, Verene la emplea para referirse a tiempos decadentes signados por la herencia cartesiana. Esta época no es otra que la actual. Se trata de una cultura en la que la simulación, comandada por la mordacidad, ha venido a sustituir al carácter. Todo en los individuos es máscara, vacío, competencia, temeridad, falta de virtud. Los hombres se tor-

<sup>14</sup> p. 63.



miento. Ésta última afirma que el todo es lo verdadero, y requiere moverse a través, y más allá, de los opuestos. En otras palabras, la especulación prosigue como una forma de comprensión metafísica lo que el tonto tan solo inicia. Por el contrario, la reflexión se distingue de aquélla en que se queda sólo con un lado de las cosas el cual busca verificar y hacer certero. La especulación no es una forma de reflexión ni una decisión en contra de ésta. Antes bien, es un poder filosófico contrario a la reflexión y que tiene, como afirma Hegel, su asiento en la Razón. En palabras de Verene: "La especulación es un proceso interno y externo al mismo tiempo; nos conduce dentro y fuera de nosotros mismos. Nos lleva a la "forma interna" del objeto del pensamiento" <sup>19</sup>. La palabra especulación, expresa Verene, no sólo brinda la noción del espejo (*speculum*) sino también la de observar o espiar (*specere*).

La inversión es el primer acto por el que el yo se alcanza como sujeto y no sólo como objeto. Es asimismo una práctica necesaria para el autoconocimiento y para la prudencia. Pues, entre otras cosas, la inversión del necio es una oportunidad para reconocer la tontería, la vanidad, o la ignorancia propias. En este sentido, enseña a mantener presente los contrarios permitiendo así aprender de ellos. De esta manera el hombre gana una guía o correctivo en su búsqueda de la sabiduría y de la virtud. Es por estas razones que Verene dice lo siguiente de la especulación: "Es al mismo tiempo moral porque ver el mundo de maneras diferentes es siempre potencialmente la base para un cuento moral en el cual el yo encuentra al mundo, no como objeto sino como alter ego"<sup>20</sup>.

La reflexión, a diferencia de la especulación, no es capaz de ver el todo, propicia una mirada parcializada de la realidad. Para Verene esto es equivalente a olvidar, pues recordar es mantener las cosas en proporción. En este sentido la memoria equilibra el mundo, introduce armonía en él. Verene afirma de la memoria que "es una forma de meditación en la que el pensamiento, contrariamente al deseo, procura entrar en la vida interna del objeto" <sup>21</sup>.

Frente a la tendencia moderna a aproximarse a las cosas de la percepción, a las palabras del lenguaje, y a las personas, como meros objetos sin historia, Verene propone imaginar que cada cosa del mundo tiene una memoria adentro, esto es, un pasado, un presen-

---

<sup>19</sup> p. 65.

<sup>20</sup> p. xi.

<sup>21</sup> p. 197.

te, y un futuro, al modo de una autobiografía interna. De este modo, el mundo tecnológico de la acción pasa a ser un mundo de significados, y entonces, "la memoria encuentra el objeto como un otro, no a ser manipulado, sino revivido en la mente" <sup>22</sup>.

Verene considera que para que la filosofía deje de ser tan solo la expresión de su tiempo, tiene que ganarse una base propia desarrollándose como una forma de memoria. Es ésta, además, la única manera en que la filosofía, en vez de pactar con el mundo tecnológico, puede contrarrestarlo. Verene llama a esta memoria filosófica "rememoración" <sup>23</sup>. Es una memoria tripartita: como memoria, recuerda; como imaginación, altera o imita las cosas recordadas; como ingenio, le da a las cosas un giro nuevo, o las pone en el orden propio. Dice nuestro autor: "Rememorar requiere el lugar del comienzo de una cosa y la formación de ésta en la mente tal y como se desarrolla desde su pasado hasta el presente y anticipa un futuro" <sup>24</sup>. Ahora bien, el sentido de un comienzo u origen satisfactorio a la memoria necesita, para Verene, la aprehensión del lugar donde lo divino, lo civil, y lo natural se encuentran. Por otra parte, el filósofo debe añadirle a la estructura triple de la rememoración el principio de la necesidad. En otras palabras, busca que haya un conocimiento per causas. La memoria así entendida es la base para la sabiduría y para el más alto fin de la filosofía, el autoconocimiento.

Tres observaciones deben hacerse antes de concluir. La primera es que el uso de los términos "origen" y "metafísico/a" deja siempre presente una ambigüedad difícil de dilucidar, obstaculizando así una mejor comprensión de la obra. El primero es unas veces empleado como sinónimo de comienzo en la historia; otras, como comienzo mítico o metafórico; y por último, frecuentemente parece ser usado para referirse a algo ontológicamente trascendente. La palabra "metafísica/o", a su vez, es en ocasiones utilizada en su sentido duro (lo trascendente ontológico), y en otras, sólo para designar lo que aún no es visto. Estas ambigüedades dificultan la labor de entrever si efectivamente hay una concepción metafísica que hace de trasfondo a la propuesta de Verene.

La segunda observación es que se ha echado de menos el que Verene nos mostrase más adecuadamente cómo es que la filosofía,

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> "Recollection" en el texto.

<sup>24</sup> p. 209.

entendida como especulación, y asociada al impulso mimético a través de la memoria filosófica, podrá brindarnos "la naturaleza interna de lo real", "la realidad de la cosa", "el todo".

Por último, es digno de ser notado, que aunque la intención de Verene de mostrar aquello que expone, más que de criticarlo, defenderlo o analizarlo, es valiosa como contrapeso a la barbarie de la reflexión, presenta la desventaja de que su pensamiento sea comprendido mejor, o sólo convenza, a aquellos que piensan igual que él, en cuyo caso Verene estaría dejando abierta la puerta para que muchos de sus insights se pierdan lastimosamente.